

MANUEL MAPLES ARCE (1900-1981)

Hijo del abogado Manuel Maples y Adela Arce, Manuel Maples Arce inaugura el siglo xx en la ciudad de Papantla, Veracruz, el 1 de mayo de 1900. En 1915, ante la crisis revolucionaria en el país, interrumpe sus estudios y ayuda a su padre en su despacho. Publica algunas prosas en la revista *El Estudiante*.

Para llevar a cabo su estrategia, Maples Arce se vale del medio más socorrido por los artistas de vanguardia: el manifiesto. Inspirado en las ideas de los futuristas italianos y los ultraístas españoles, declara guerra sin cuartel al arte anterior a él. Emulando la actitud belicosa y descalificadora de sus colegas en otras partes del mundo, redacta un texto integrado por 14 cláusulas, la palabra ÉXITO con grandes caracteres y una fotografía del autor, elegantemente ataviado: el dandi de los años veinte no era el bohemio trasnochado, sino el que volvía a predicar con el ejemplo, que el trabajo del poeta era tan respetable y más importante que cualquier otro. Tras imprimir el manifiesto en la Escuela para Huérfanos, lo pega en muros del barrio universitario. Con esa acción entra en la historia de la literatura. El término que dará nombre al movimiento aparece ya entonces: *Actual. Hoja de Vanguardia. Comprimido Estridentista de Manuel Maples Arce*.

Para rubricar lo expresado en el manifiesto, al año siguiente publica su primer libro plenamente original, *Andamios interiores: poemas radiográficos* (1922). Como advierte Luis Mario Schneider, se trata de

“el primer libro de vanguardia escrito por un mexicano y publicado en México”. Lo integran sólo 10 poemas, y aunque no es del todo cierta la afirmación de List Arzubide en el sentido de que a partir de entonces se desvelaron los académicos de la lengua, el libro sí provocó juicios encontrados. Carlos González Peña se preguntaba si se trataba de un manual de construcción.

Del conjunto de reseñas y entrevistas aparecido a raíz de la publicación de *Andamios interiores*, unas abiertamente hostiles, otras injustificadamente hiperbólicas, la de Rafael Heliodoro Valle es de una gran precisión: “*Andamios interiores* viene a perturbar el sueño a muchas personas y a mostrarnos a un hombre que tiene la valentía de lanzar un alarido en plena quietud circundante”. Medio siglo después Rubén Bonifaz Nuño reforzará el juicio al decir que los libros de Maples Arce “fueron bastantes a remover la literatura mexicana, y a crearle elementos que todavía la sostienen y la alimentan [...] Aquel deseo suyo de hacer recordar a gritos, a sacudidas, a palos, si fuera preciso, a quienes veía durmiendo en su falta de espíritu y de visión del presente y el futuro, se realizó, pues, a fin de cuentas”.

El 1 de mayo de 1927, en su calidad de secretario de Gobierno, Maples Arce pronuncia en la Cámara del Trabajo de Xalapa el discurso conmemorativo del día del trabajo. En 1929 aparece *Metrópolis* en traducción de John Dos Passos bajo el sello editorial de T. S. Book Company de Nueva York. La edición es sobria y elegante, con un grabado de la ciudad estridentista. El principio de la “Canción desde un aeroplano”, que abre sus *Poemas interdictos*, resume el equilibrio entre la aventura y el orden, la vela y el ancla, la contemplación y la errancia, opuestos complementarios a los que apostó su vida:

Estoy a la intemperie
de todas las estéticas;
operador siniestro
de los grandes sistemas,
tengo las manos
llenas
de azules continentes.

SOBERANA JUVENTUD¹
(FRAGMENTO)

XII

Volvió a empañarse la fortuna de mi padre y hubo que vender la grata casa de la calle de Guanajuato, lo que nos obligó a regresar al México viejo. Alquilamos los altos de una vivienda en la calle de Nicaragua. Al principio sentí dejar nuestra casa, extrañé su comodidad y holgura, especialmente a causa de mi madre y mis hermanas; pero pronto se desvaneció mi contrariedad.

Continué mis estudios de Derecho sin abandonar mis actividades literarias. Entré en relación con jóvenes estudiantes de la Preparatoria y de diferentes Facultades, que tenían también inquietudes literarias. Unas veces, porque me llevaran un libro a mi casa o porque nos encontráramos en algún café u otros sitios del barrio, me veía ocasionalmente con ellos. Así conocí a Salvador Azuela que conquistaba fama de orador, al igual que Alejandro Gómez Arias, su émulo en la tribuna; a Andrés Henestrosa, que traía la sorpresa de los elementos indígenas de su raza rebelde en su libro primaveral *Los hombres que dispersó la danza*; a Salvador Toscano, cuya juvenil seriedad ahondaba ya en el misterio de la plástica mexicana; a Renato Leduc, cuyas sátiras eran leídas a hurtadillas en papeles que pasaban de mano en mano, y al críticón Garizurieta, que tenía siempre una respuesta graciosa y certera en que se reflejaba la condición psicológica de la vida mexicana. Él fue el que dijo: “Vivir fuera del presupuesto es vivir en el error...”

No abundaban los cafés en México. Sobresalían el Café de Tacuba, El Principal y La Flor de México. Los otros eran cafetillos de chinos a los que también acudíamos en las ocasiones más precarias. Pero inopinadamente descubrimos en el centro, cercano a la Cámara de Diputados, en la calle de Bolívar, un café pintado de azul claro que tenía el bonito nombre de Las Olas Altas. Allí comenzamos una nueva tertulia aun cuando éramos casi los mismos de siempre.

¹ Manuel Maples Arce, *Soberana juventud*, Madrid, Editorial Plenitud, 1967.

A esas horas ociosas de charla acudían el doctor Salvador Gallardo, que había instalado su consultorio no muy lejos, y Luis Felipe Mena, un muchacho de Campeche que tenía entusiasmo literario, gran admiración por nosotros y era nuestro mecenas. Destacaba en el lugar la buena presencia de las camareras. Una de ellas especialmente, algo pechugona, de rostro muy blanco y ojos rasgados, era la inquietud del grupo. Yo logré de ella una cita una tarde de asueto, cerca de su casa, por el arrabal de Tepito, donde vivía. El ambiente siniestro de aquel barrio, aquellas torcidas perspectivas, la sórdida silueta de los pasantes y un no sé qué de opresión funesta que parecía acercarlo a uno a la tragedia, me hicieron despedirme de ella lo más galante y lo más pronto que pude, huyendo de aquel oscurecer en que se presentía la pesadilla y la cuchillada.

Había en el café otra camarera a la que denominaban *la Aperital*. Tal sobrenombre nos extrañaba e inclusive nos invitaba a desentrañar el misterio del mote, hasta que una tarde en que llegó por el café el pintor Fernando Leal lo vimos saludarla como viejos amigos. Le pedimos que nos explicara el misterio del nombre, y nos dijo, no sin cierta reserva, que de la misma manera que el aperitivo es estimulante para antes de comer, aquella chica era estimulante para antes del placer. Lo que nos hizo verla desde entonces en una discreta lejanía.

Las Olas Altas respondía a nuestra necesidad de expansión y conversación, pero el café se cerró, no sé por qué razones. Al poco tiempo se inauguró otro en la misma calle, El Tupinamba, y hacia él emigramos, aun cuando no pudimos adaptarnos a aquel ambiente de toreros y gente flamenca.

Por incitaciones de algunos amigos, acudía una que otra vez a los teatros de revistas políticas, en las que no faltaba la presencia de personajes que rivalizaban en homenajes y obsequios a las primeras tiples. Nunca me entusiasmaron estos espectáculos, más bien los veía despectivamente, pero no podía ignorarlos, pues formaban parte de la vida mexicana. La frivolidad elegante de las operetas, en las que reinaba Esperanza Iris, me atraía algo más, pero tampoco me satisfacía. Mientras que el teatro dramático y poético me apasionaba, aunque no alcanzaba sino menguadas representaciones, y tenía que conformarme con leerlo yo mismo, a veces en voz alta, para sentir mejor los personajes.

Generalmente, las piezas que se representaban correspondían, haciendo parodia, a obras serias. Lupe Rivas Cacho, que tenía un tipo muy mexicano y una gracia desprendida y vivaz, noche tras noche atraía al público con sus traviosos desplantes. Una vez caricaturizó a la Paulova, convirtiendo “La muerte del cisne” en “La muerte del zopilote”. La pieza atractiva de Celia Montalván, quien estaba en todo el esplendor de su belleza, era “Mi querido capitán”, que en aquellos días de gente de uniforme ponía una nota de actualidad que embobaba al público. A veces llegábamos varios redactores de *El Universal Ilustrado* a su camerino, reía con nuestras bromas y a mí me llamaba su ahijado, llevando el juego a nuestras alegres intrusiones. Las obras abundaban en crítica social y política, y, a veces, el gracejo, que hería cáusticamente, en medio del gran alboroto y risas del público, era objeto de reprimenda y multa correccional. Los minutos preparatorios a los sangrientos puyazos de los actores en contra de las personalidades gubernamentales eran saboreados con alegría, a sabiendas de que vendrían las sanciones; la concurrencia los incitaba, ofreciendo inclusive el pago de la multa; y todo este rejuego formaba parte de la función. En los teatros de barriada, el alboroto tomaba a veces máximas proporciones y se cambiaban, entre el proscenio y la galería, palabras chispeantes y a veces de grueso calibre, que zumbaban como proyectiles. Era esto la gloria del espectáculo.

En aquellos días había una manifiesta aversión pública contra los afeminados (“jotos”, en una de sus tantas acepciones mexicanas), y se les satirizaba alegremente en los escenarios. Uno de los más graciosos cómicos, Joaquín Pardavé, quien compartía con el *Panzón* Soto la popularidad de la sátira, representaba un *sketch* que recogía nutridos aplausos. Aparecía un tren que conducía, rumbo al penal de las Islas Marías, una cuerda de presos que comprendía, entre rateros y otros maleantes, algunos afeminados. Al detenerse el tren en lo que se suponía una estación, Pardavé sacaba la cabeza por la ventanilla y con voz potente y varonil decía, dirigiéndose al público: “A mí me llevan por ladrón.” Orgulloso de distinguirse del resto de la ronda, insistía. “A mí me llevan por ladrón.” Pero ya en el siguiente cuadro clamaba con aflautada voz: “A mí me llevan por ladrón, pero por ladrón de corazones.” Lo que obligaba al jefe de la escolta a preguntarle: “Oiga, amigo,

¿y ese cambio a qué se debe?” Pardavé entonces respondía, sosteniendo su segundo papel: “Me dormí al pasar el túnel”, lo que incontinentemente hacía estallar la carcajada, feliz el público con la burla a los “maricones”.

Con frecuencia me visitaba un muchacho suizo que se ganaba la vida de un modo absurdo, ora vendiendo extraños artículos de ferretería, trabajando como actor en el Teatro Mexicano del Murciélago, inspirado en el teatro de la Chauve-Souris de París, y otras, buscando “ídolos” en las “pirámides”; no acertaba, ni por casualidad, con los acentos, lo que daba a su conversación un aire pintoresco y divertido, que imitaba burlescamente mi hermana Matilde. Se llamaba Gastón Dinner. No sé cómo lo conocí. Simpatizaba con el Movimiento por haber vivido en Zurich durante la primera guerra mundial, donde presencié la explosión de los “dadaístas” y conoció sus negaciones, sus juegos de ingenio y sus fantasías. Después de la merienda me acompañaba en mis paseos, que bajo las luces de la calle y la música de los organillos adquirían una dimensión imaginaria. Versaban nuestras pláticas sobre temas literarios, pero a veces yo provocaba conversaciones en las que aparecían los lagos y ciudades de su país. ¡Pero qué lejos e imposibles estaban esas maravillas! La bulla del arrabal se metía en nuestra voz, despedazaba el ritmo de nuestras ideas, y la calle, triste y destartada, me producía, por momentos, una aprehensión vaga y sombría.

No obstante mi pobreza, yo iba y venía por aquel barrio con cierto brío, conformándome a las posibilidades de nuestro vivir. Entraba y salía de la casa sin importarme su frialdad, ni el sol escaso que bañaba los balcones, ni la hilera de puestos de frutas, verduras y dulces que se alineaban en la acera. Yo subía prestamente la escalera de piedra con barandal de hierro que se ramificaba en el rellano, un tramo hacia nuestra vivienda y otro hacia la de mi vecina, una muchacha rubia, espigada, a la que yo dedicaba asiduas miradas que ella desdeñaba, prefiriendo aporrear el piano, jugar con los pájaros que alborotaban en una gran pajarera y aceptar los requiebros de un galán picotero.

El despecho me hizo buscar desquite con una morena de opulentos senos y tibias carnes, que abrazaba bajo el brillo de la luna, o mejor aún, en la oscuridad de las desiertas mamposterías de la azotea, tembloroso y febril.

La vida del México de aquellos años se encontraba tensa de dificultades y de potenciales estallidos militares. Después de cada elección presidencial sólo había una pausa, relativamente breve, de tranquilidad pública, y volvían otra vez a agitarse los círculos políticos y los elementos militares a pretender conquistar el Poder. Esto daba origen a horas de inquietud, de agitación parlamentaria y de violencia armada. De esta suerte, reinaba siempre un estado de angustia que impresionaba a todos los espíritus y que no dejaba de tener resonancias psicológicas en la vida de los jóvenes.

En momentos de atracción política iba a la Cámara de Diputados a escuchar los discursos, que el fuego de las pasiones enardecía. Las divisiones motivadas por la sucesión presidencial se acentuaban cada día y presagiaban trágicos acontecimientos. Una noche en que asistía a la sesión junto con mi paisano, el coronel Juan Zumaya, se produjo un violento altercado entre los diputados y salieron en un instante a relucir las pistolas. Antes de que pudiéramos posesionarnos de la situación, ya habían comenzado los disparos en forma tan nutrida, que pronto quedaron muertos en sus sillones curules dos de los congresistas y otros heridos, mientras continuaba el tiroteo y se dispersaban los contendientes. Yo salí por el pasillo central de la galería para refugiarme en el corredor de la azotea, por donde apareció un grupo de diputados con las pistolas desfundadas, en tanto que el otro grupo salía por la escalera opuesta. El desconcierto fue enorme. Cuando cesó el tumulto descendí al vestíbulo que llenaban curiosos, ávidos de saber qué había acontecido. Todavía permanecí un rato en compañía de Zumaya y de otros coterráneos, lamentando que este acto sangriento tuviera lugar precisamente en el recinto parlamentario, lo que agravaba el escándalo, haciéndolo más reprobable.

Después me encaminé a pie hasta mi casa, pensando con amargura en el fracaso político de nuestra democracia y en la violencia que dominaba nuestras instituciones. Al llegar me encontré conversando con mi padre al entonces capitán Alberto Bello Santana, y les relaté el sangriento suceso.

Mi madre, que siempre había manifestado repulsión por la política, al enterarse del peligro que había corrido, me amonestó para que no volviera a esas asambleas, donde la intolerancia irrumpe con sus odios y culmina en la muerte.

Las divisiones de la Cámara eran reflejos de las diferencias políticas y del desacuerdo entre los jefes del Ejército para escoger el candidato presidencial. Con el tiempo ahondábanse éstas cada vez más.

Corrían rumores de inminentes pronunciamientos. Se hacía el recuento de fuerzas de ambos bandos. Más que en los periódicos, en los corrillos callejeros se barajaban nombres y noticias. Cada cual aseguraba estar enterado y aventuraba pronósticos. Así pasaron algunos días, y de pronto estalló la rebelión encabezada por don Adolfo de la Huerta, secretario de Hacienda, y secundada por muchos de los jefes de operaciones militares y gobernadores de los estados. Esto produjo gran expectación en la capital. El acontecimiento no dejó de causarme cierto estremecimiento, pues los bandazos de la política suelen alcanzar a los más desprevenidos, y ya en otra ocasión yo había sufrido sus consecuencias. El Gobierno presidido por el general Obregón reaccionó enérgicamente contra la amenaza y golpeó implacable a sus enemigos. La lucha fue verdaderamente sangrienta. En ella perdieron la vida connotados generales y civiles que se habían distinguido en la Revolución. Yo seguía los acontecimientos en los diarios y con amigos de las más diversas orientaciones, y sentía la trágica realidad de nuestra historia. No faltaban, en medio de la borrasca, lances audaces, hechos heroicos que se comentaban apasionadamente. Brillaban las hazañas de Samuel Cabazos, quien en el estado de Hidalgo movía a sus tropas con sorprendente rapidez, emulando las correrías de Pancho Villa. Conmovía el infortunio del general Lázaro Cárdenas, herido en empresa temeraria, ordenada para distraer al enemigo, y la noble actitud del General Enrique Estrada, rodeándolo de cuidados para salvarlo de la muerte. Otros trances daban pábulo también a la conversación y al comentario vehemente; a veces el reto ante la muerte tenía una arrogancia trágica, como cuando Rubén Basáñez Rocha, después de fumarse despaciosamente un puro, con la ceniza se trazó un círculo en el pecho y les dijo a los ejecutores: “Vayan a contarle a Obregón cómo muere un hombre...”

Un primero de mayo, por la tarde, regresaba de Mixcoac a pie, pues no había servicio de transportes, totalmente paralizados por la manifestación obrera. El viento arremolinaba el polvo de las barriadas y grupos proletarios regresaban calcando sus pancartas y calicós con

lemas reivindicadores y banderas rojas y negras. Oleadas de obreros vestidos de mezclilla se sucedían constantemente y se escuchaban vítores a sus líderes y confederaciones. No obstante la fatiga de la caminata, me interesaba ese movimiento de masas humanas. Sentía la impresión de lo que estaba pasando y la fiesta de los trabajadores llegaba como una apoteosis hasta mi corazón. Me parecía bello aquel desfile interminable bajo el sol deslustrado de la tarde. Mi espíritu, lleno de las inquietudes del instante, me sugería esas resonancias. Así, me fui pensando y soñando a través de la ciudad, integrado a la marcha gloriosa de los obreros. Las disensiones sindicales, las agitaciones políticas y las amenazas de la guerra civil se cernían sobre nuestros destinos. En la Cámara de Diputados, la razón de los discursos se trocaba sorpresivamente en un relámpago de pistolas. Los entorpecedores del progreso de México fanatizaban a grupos de militares y políticos para adueñarse del poder, los obreros desfilaban en manifestaciones de alerta, y, por mi parte, miraba estos espectáculos y reflexionaba sobre las circunstancias y responsabilidades de los hombres que podrían influir en los destinos nacionales. Cuando llegué a mi casa, bajo las fuerzas estimulantes, me puse a escribir un canto en que latía la esperanza y la desesperación. Vi más claramente la necesidad de dar una intención estética a la Revolución, y en *Vrbe* junté mi emoción íntima y el clamor del pueblo. Todos estos elementos, acompañados de mis reacciones emotivas, constituían el cuerpo vivo del poema. Los sentimientos que lo animaban, la audacia de las imágenes y la novedad de la expresión literaria eran la revelación de un hondo sentido de la existencia, de sus trances y de sus culminaciones. Si se advierten en él ciertos contrastes, débense a circunstancias amargas que aniquilaban la alegría. No son extrañas, por lo mismo, las aproximaciones violentas entre el ceno y la albura:

Entre los matorrales del silencio
la oscuridad lame la sangre del crepúsculo.
Las estrellas caídas
son pájaros muertos
en el agua sin sueño
del espejo.

Las artillerías
sonoras del Atlántico
se apagaron
al fin
en la distancia.

Sobre la arboladura del otoño,
sopla un viento nocturno:
es el viento de Rusia,
de las grandes tragedias,

Y el jardín
amarillo
se va a pique en la sombra.
Súbito, su recuerdo,
chisporrotea en los interiores apagados.

Sus palabras de oro
criban en mi memoria.

Los ríos de blusas azules
desbordan las esclusas de las fábricas
y los árboles agitadores
manotean sus discursos en la acera.

Los huelguistas se arrojan
pedradas y denuestos,
y la vida es una tumultuosa
conversión hacia la izquierda.

Al margen de la almohada,
la noche es un despeñadero;
y el insomnio
se ha quedado escarbando en mi cerebro.

¿De quién son esas voces
que sobrenadan en la sombra?

Y estos trenes que aúllan
hacia los horizontes devastados.

Los soldados
dormirán esta noche en el infierno.

¡Dios mío!

Y de todo este desastre
solo unos cuantos pedazos
blancos
de su recuerdo
se me han quedado entre las manos.

En medio de mis preocupaciones sufrí los desgarramientos de nuestra vida civil, y sus hondas vibraciones repercutieron en mi emoción. Así era la vida mexicana, y, en mi juventud, yo me sentía su profeta.

VRBE
SÚPER-POEMA BOLCHEVIQUE EN 5 CANTOS²
1924

A los obreros de México

I

He aquí mi poema
brutal
y multánime
a la nueva ciudad.

Oh ciudad toda tensa
de cables y de esfuerzos,
sonora toda
de motores y de alas.

Explosión simultánea
de las nuevas teorías,
un poco más allá

² Manuel Maples Arce, *Vrbe. Super-poema bolchevique en 5 cantos*, México, Andrés Botas e hijo, 1924.

102 • SOBERANA JUVENTUD Y VRBE

En el plano espacial

de Whitman y de Turner
y un poco más acá
de Maples Arce.

Los pulmones de Rusia
soplan hacia nosotros
el viento de la revolución social.
Los asalta braguetas literarios
nada comprenderán
de esta nueva belleza
sudorosa del siglo,

y las lunas
maduras
que cayeron,
son esta podredumbre
que nos llega
de las atarjeas intelectuales.

He aquí mi poema:

Oh ciudad fuerte
y múltiple,
hecha toda de hierro y de acero.

Los muelles. Las dársenas.
Las grúas.

*Y la fiebre sexual
de las fábricas.*

Vrbe:
Escoltas de tranvías
que recorren las calles subversistas.
Los escaparates asaltan las aceras,
y el sol, saquea las avenidas.
Al margen de los días
tarifados de postes telefónicos

desfilan paisajes momentáneos
por sistemas de tubos ascensores.

Súbitamente,
oh el fogonazo
verde de sus ojos.
Bajo las persianas ingenuas de la hora
pasan los batallones rojos.
El romanticismo caníbal de la música yanke
ha ido haciendo sus nidos en los mástiles.
Oh ciudad internacional,
¿hacia qué remoto meridiano
cortó aquel trasatlántico?
Yo siento que se aleja todo.
Los crepúsculos ajados
flotan entre la mampostería del panorama.
Trenes espectrales que van
hacia allá
lejos, jadeantes de civilizaciones.

La multitud desencajada
chapotea musicalmente en las calles.

Y ahora, los burgueses ladrones, se echarán a temblar
por los caudales
que robaron al pueblo,
pero alguien ocultó bajo sus sueños
el pentagrama espiritual del explosivo.

He aquí mi poema:

Gallardetes de burras al viento,
cabelleras incendiadas
y mañanas cautivas en los ojos.

Oh ciudad
musical
hecha toda de ritmos mecánicos.

Mañana, quizás,
sólo la lumbre viva de mis versos
alumbrará los horizontes humillados.

II

Esta nueva profundidad del panorama
es una proyección hacia los espejismos interiores

La muchedumbre sonora
hoy rebasa las plazas comunales
y los hurras triunfales
del obregonismo
reverberan al sol de las fachadas.

Oh muchacha romántica
flamarazo de oro.

Tal vez entre mis manos
sólo quedaron los momentos vivos.

Los paisajes vestidos de amarillo
se durmieron detrás de los cristales,
y la ciudad, arrebatada,
se ha quedado temblando en los cordajes.
Los aplausos son aquella muralla.

—¡Dios mío!

—No temas, es la ola romántica de las multitudes.
Después, sobre los desbordes del silencio,
la noche tarahumara irá creciendo.

Apaga tus vidrieras.

Entre la maquinaria del insomnio
la lujuria, son millones de ojos
que se untan en la carne.

Un pájaro de acero
ha emporado su norte hacia una estrella.

El puerto:

lejanías incendiadas,
el humo de las fábricas.
Sobre los tendedores de la música
se asolea su recuerdo.

Un adiós trasatlántico saltó desde la borda.

Los motores cantan
sobre el panorama muerto.

III

La tarde, acribillada de ventanas
flota sobre los hilos del teléfono,
y entre los atravesañes
inversos de la hora
se cuelgan los adioses de las máquinas.

Su juventud maravillosa
estalló una mañana
entre mis dedos,
y en el agua, vacía,
de los espejos,
naufugaron los rostros olvidados.

Oh la pobre ciudad sindicalista
andamiada
de hurras y de gritos.

Los obreros,
son rojos
y amarillos.

Hay un florecimiento de pistolas
después del trampolín de los discursos,

y mientras los pulmones
del viento,
se supuran,
perdida en los oscuros pasillos de la música
alguna novia blanca
se deshoja.

IV

Entre los matorrales del silencio
la obscuridad lame la sangre del crepúsculo.
Las estrellas caídas,
son pájaros muertos
en el agua sin sueño
del espejo.

Y las artillerías
sonoras del atlántico
se apagaron,
al fin,
en la distancia.

Sobre la arboladura del otoño,
sopla un viento nocturno:
es el viento de Rusia,
de las grandes tragedias,

y el jardín,
amarillo,
se va a pique en la sombra.
Súbito, su recuerdo,
chisporrotea en los interiores apagados.

Sus palabras de oro
criban en mi memoria.

Los ríos de blusas azules
desbordan las esclusas de las fábricas,

y los árboles agitadores
manotean sus discursos en la acera.
Los huelguistas se arrojan
pedradas y denuestos,
y la vida, es una tumultuosa
conversión hacia la izquierda.

Al margen de la almohada,
la noche, es un despeñadero;
y el insomnio,
se ha quedado escarbado en mi cerebro.

¿De quién son esas voces
que sobrenadan en la sombra?

Y estos trenes que aúllan
hacia los horizontes devastados

Los soldados
dormirán esta noche en el infierno

Dios mío,
y de todo este desastre
sólo unos cuantos pedazos
blancos,
de su recuerdo,
se me han quedado entre las manos.

V

Las hordas salvajes de la noche
se echaron sobre la ciudad amedrentada.

La bahía
floreceda,
de mástiles y lunas,
se derrama
sobre la partitura

ingenua de sus manos,
y el grito, lejano
de un vapor,
hacia los mares nórdicos:

Adiós
al continente naufragado.

Entre los hilos de su nombre
se quedaron las plumas de los pájaros.

Pobre Celia María Dolores;
el panorama está dentro de nosotros.
Bajo los hachazos del silencio
las arquitecturas de hierro se devastan.
Hay oleadas de sangre y nubarrones de odio.

Desolación.

Los discursos marihuanos
de los diputados
salpicaron de mierda su recuerdo,

pero,
sobre las multitudes de mi alma
se ha despeñado su ternura.

Ocotlán
allá lejos.

Voces

Los impactos picotean sobre
las trincheras.

La lujuria, apedreó toda la noche,
los balcones a oscuras de una virginidad.

La metralla
hace saltar pedazos de silencio.

Las calles,
sonoras y desiertas,
son ríos de sombra
que van a dar al mar,
y el cielo, deshilachado,
es la nueva
bandera,
que flamea,
sobra la ciudad.

